

1. La partida

La bofetada me alcanzó de lleno en la mejilla. Mi jefe de patrulla vociferó más o menos en estos términos:

— ¡Estúpido! ¿Dónde se ha visto que porque te digan «vuélvete» tienes que volver? De sobra sabías que no es así. Deberías haber aguantado allí y habrían hecho algo por ti en el hospital. En este batallón no podemos permitirnos alimentar a un tuberculoso como tú. Aquí los soldados, en su mayoría, tienen que salir a buscar comida. Nuestros hombres están luchando duro y no hay sitio para inútiles como tú. Vuélvete al hospital. Y si allí no te quieren admitir, plántate sentado en la entrada todos los días que haga falta. No van a dejarte fuera para los restos. Pero si a pesar de todo no te ingresan, sólo te queda morir. Para algo se te ha dado esa granada de mano que llevas. Al menos así rendirás, aunque sólo sea una vez, un buen servicio a tu patria.

Yo miraba fijamente los labios de mi jefe que, mientras más hablaba, más se le iban humedeciendo. No podía comprender por qué se tenía que exasperar de esa manera, pues era yo, y no él, quien había recibido la sentencia de mi destino. Tal vez aquello se debiera a una costumbre de los militares consistente en que van cobrando bríos a medida que van alzando la voz. Yo ya había ido notando que, con el

6 SHOHEI OOKA

empeoramiento de la situación, se habían hecho cada vez más frecuentes esos estallidos de ira en nuestros mandos, quienes daban así rienda suelta al nerviosismo que sentían y que se veían obligados a ocultar bajo una máscara de serenidad militar. Que mi jefe se hubiera referido sobre todo a la comida se debía, naturalmente, a que la alimentación constituía su mayor inquietud. Por mucha sentada que yo hiciera ante el hospital, lo único seguro era que allí no admitirían a pacientes que no llevaran su provisión de comida, pues ante la carencia de alimentos, los médicos militares y los sanitarios dependían para su manutención de las provisiones que les fueran entregando sus pacientes. A la entrada del hospital había muchos hombres, plantados en una inútil «sentada»; todos ellos habían recibido de sus respectivas compañías la consigna de afrontar una muerte inevitable.

A fines de noviembre, poco después de nuestro desembarco en la costa oeste de la isla de Leyte, yo había sufrido una ligera hemorragia. Desde que estuve destacado en la guarnición de Luzón, temí una recaída, cosa que lamentablemente ocurrió a raíz del combate antiaéreo en la costa y de la penosa marcha que emprendimos hacia el interior de la isla. Fue entonces cuando me dieron las raciones de comida correspondientes a cinco días y me mandaron a un hospital de campaña que se había abierto en plena zona montañosa.

Una vez allí, ante varios soldados heridos que yacían por todas partes en camas requisadas a la población civil, cubiertos de sangre y sin recibir la atención sanitaria debida, el médico militar me reprendió a gritos que yo hubiera osado aparecer en el hospital padeciendo tuberculosis, pero en cuanto vio que cargaba con las provisiones de rigor, accedió a ingresarme.

Al cabo de tres días me dieron de alta, así que me despi-

dieron del hospital, pero en mi patrulla no estaban de acuerdo con esa medida: el jefe aducía que, habiendo llevado provisiones para cinco días, debía permanecer allí al menos por ese tiempo. Así que me ordenaron regresar al hospital, pero el médico volvió a rechazarme alegando que no se podía decir que aquellas provisiones mías fueran para cinco días y que, en todo caso, ya se habían agotado, de modo que aquella misma mañana me volvieron a mandar de regreso a mi unidad, por lo visto habían decidido jugar a la pelota conmigo. Ya sabía yo que no me aceptarían y sólo sentí cierta curiosidad por saber si mi propia compañía abandonaría a uno de sus hombres a su suerte.

—Aquí se presenta el soldado Tamura. Comprendo perfectamente que tengo que regresar enseguida al hospital y que si allí no me conceden el ingreso, mi deber es suicidarme.

Bajo circunstancias normales, el líder de escuadrilla no habría tolerado la insinuación implícita en las palabras «comprendo perfectamente», pues sólo consideraba adecuada una repetición concisa de sus órdenes, pero esa vez decidió pasarlo por alto.

—Vale, Tamura —me respondió—. Vete para allá sin que decaiga tu valor. Recuerda que todo lo hacemos por nuestra patria. Compórtate hasta el fin como un soldado del emperador.

—Sí, señor.

En un lado de aquella estancia, cerca de la ventana, el brigada estaba ocupado rellenando un documento. Estaba de espaldas a nosotros, escribiendo sobre un cajón de empaque de madera que le servía como escritorio. Creí que no prestaba oídos a nuestra conversación, pero cuando repetí las órdenes que había recibido, se levantó inmediatamente y, entornando sus ojos más aún de lo habitual en él, me dijo:

8 SHOHEI OOKA

—Bien, Tamura, me apena que parezca que te estamos echando de aquí, pero tienes que ponerte en el lugar de tu jefe de patrulla para comprenderlo. Aun así, no te quites la vida en vano. Te daré algunas provisiones.

De un montoncillo de patatas que había en una esquina de la habitación sacó a capricho un puñado con ambas manos. Era la patata dulce de las islas Filipinas llamada *camote*, una especie de boniato. Se lo agradecí amablemente, pero al meter las patatas en mi macuto, vi que me temblaban las manos. Yo pertenecía a mi patria y por ella estaba ofreciendo mi vida, pero esa patria mía no garantizaba mi supervivencia por más de seis días, el tiempo máximo que podrían durarme aquellos seis boniatos. En aquel número seis había una exactitud matemática estremecedora.

Saludé, di media vuelta y abrí la puerta. Al salir de aquella estancia, el vozarrón del jefe de patrulla me persiguió por el pasillo:

—¡Y no tienes que molestarte en dar parte al comandante!

Durante un instante se me encendió una lucecita de esperanza: si hablaba con el comandante, quizá él intercediera por mí, pero simplemente quería agarrarme a un clavo ardiendo. Por más que un alto mando estuviera en cabeza de la jerarquía, lo que me habían manifestado los suboficiales no era otra cosa que la opinión de todos y el comandante se plegaría a ella.

El despacho del comandante se hallaba a unas zancadas de la estancia de avituallamiento, en un pabellón independiente conectado por un pasillo. La entrada estaba cubierta por un esterón de juncos entretejidos y su interior parecía estar en calma.

Las palabras recién oídas de mi jefe de patrulla — «¡Y no tienes que molestarte en dar parte al comandante!» — me

revelaban que mi destino estaba escrito desde el día anterior, cuando me enviaron de vuelta al hospital. Mi regreso a la compañía no cambiaba nada, pues obviamente el jefe de patrulla ya había dictado sentencia.

Mientras bajaba por aquella escalera de madera medio carcomida, pude apreciar que el sol que se filtraba por el ramaje de los árboles dibujaba formas caprichosas sobre el terreno. A un lado del edificio se alineaban arbustos entremezclados con ciertas flores tropicales de color rosa desvaído y, en la arboleda que se alzaba más allá, unos cuantos soldados estaban cavando una trinchera antiaérea. Como las palas con las que contaba la compañía no bastaban para la tarea, esos soldados se servían de unas sartenes rotas — requisadas a la población civil— atadas a sendos palos. Nosotros habíamos quedado reducidos a una partida de soldados dispersos escondidos en una aldea de las montañas y ya ni el ejército norteamericano se molestaba en venir a bombardearnos, pero la trinchera nos era necesaria para darnos sensación de seguridad. Por lo demás, aparte de eso, no nos quedaba ocupación alguna con que matar el tiempo.

Bajo la oscuridad de los árboles, los rostros de aquellos soldados se veían inexpresivos y sombríos, y aunque algunos alzaron la cabeza para echar una ojeada, enseguida apartaron su vista de mí y continuaron cavando con la cabeza gacha.

La mayoría de esos soldados eran reclutas destinados a las islas Filipinas que habían viajado desde Japón a la vez que yo. El aburrimiento que padecimos a bordo del buque de transporte nos unió al hacernos sentir que compartíamos la misma suerte, pero en cuanto llegamos a Filipinas y fuimos destinados a unidades con tropas veteranas, pronto nos hundimos en el egoísmo de siempre. Cuando desem-

10 SHOHEI OOKA

barcamos en la isla de Leyte, comenzaron nuestras verdaderas dificultades.

En poco tiempo cualquier camaradería que hubiéramos sentido por el otro prácticamente había desaparecido.

Cuando recaí, como yo no podía corresponder a los varios cuidados que necesitaba, noté un enfriamiento creciente en su actitud hacia mí. Para personas como nosotros, cuando se vive de día y de noche al borde de peligro el instinto normal de supervivencia nos alcanza en lo más profundo y, como una enfermedad, deforma nuestra personalidad y acaba con todo altruismo. Por esa razón, esa tarde no esperé para ir y contar a mis antiguos compañeros de armas lo que me había pasado. En primer lugar, ya lo sabrían y, además, me pareció impropio arriesgarme a despertar sus latentes sentimientos de humanidad.

Bajo un árbol que se erguía a la orilla del camino algo más adelante había cinco o seis centinelas. Era todo lo que quedaba de efectivos militares en nuestra compañía. Nuestra expedición, de carácter mixto, había desembarcado en Leyte, costa occidental, como una brigada más entre las varias enviadas para reforzar la desesperada situación de las tropas japonesas en torno a Tacloban. En la orilla del mar habíamos sufrido un ataque aéreo norteamericano y perdimos a más de la mitad de nuestros hombres. No nos dio tiempo a desembarcar nuestro armamento pesado, de manera que se hundió junto con nuestros buques militares de transporte. Con el objetivo de alcanzar el aeródromo de Buranen, según el plan previsto, avanzamos por el sendero que atraviesa la cordillera central, pero al mismo pie de la montaña coincidimos con otra tropa de soldados derrotados que se nos había adelantado y nos vimos forzados a retener nuestra marcha. Según nos contaron, habían sido reducidos por una columna aérea norteamericana que los había

atacado con morteros pesados. Al no quedarnos otra salida, nos dirigimos hacia el sur escalando los montes, pues no había ningún sendero. Durante la marcha nos sorprendió un ataque con morteros pesados desde tres flancos, de manera que tuvimos que replegarnos otra vez hacia la falda de la montaña, donde nos dispersamos para acampar en abanico por las inmediaciones de un valle y, sin más perspectivas, se nos pasó ese día. Un oficial fue enviado como correo a la base de Ormoc y a su regreso nos comunicó que la consigna era forzar el paso a través de las montañas. Entre los soldados corrió el rumor de que nuestro comandante, indignado, había hecho trizas el comunicado.

Sea como fuere, nuestra compañía, por entonces diezmada al tamaño de un pelotón, se quedó en un pequeño pueblo del valle. Pronto se agotaron las raciones con las que habíamos cargado desde Ormoc y tampoco duraron mucho más el trigo y otros cereales que los filipinos habían dejado cuando abandonaron sus casas. Nuestros movimientos se limitaron a buscar por las colinas y los campos cercanos patatas, plátanos y cualquier otro alimento que pudiera caer en nuestras manos.

Para tener éxito en las expediciones de búsqueda de alimentos nuestra compañía se fragmentó en tres grupos de relevo. Por turno, un grupo iría y viviría de la tierra durante unos días; cuando ellos volvieran, traerían bastante alimento para ellos y para el tercer grupo mientras salía el segundo grupo. En estas expediciones solíamos tropezarnos con hombres de otras unidades y terminábamos discutiendo ferozmente por quién tenía el derecho preferente sobre una u otra zona. Inevitablemente, la distancia que teníamos que recorrer en esas expediciones, así como los días empleados en su misión, se fueron haciendo cada vez más largos a medida que pasaban las semanas.

Desde que había vomitado sangre no podía cargar con nada pesado y, en consecuencia, tampoco podía participar en esas expediciones. Eso fue lo que motivó ineluctablemente la orden de que me largara y me suicidara.

En aquel momento yo me encontraba caminando entre los árboles y me iba acercando poco a poco a los centinelas, que me saludaron en silencio levantando la mirada. Me resultaba muy desagradable tener que volver a informar —esta vez, al cabo de guardia— de que me habían expulsado del campamento, pero me era aún más penoso tener que exponer mis miserables circunstancias ante la indiferente compasión de mis compañeros. Entre sus miradas cargadas de expectación, el tiempo que empleé en llegar a su sitio se me hizo infinito.

Con todo, mientras comunicaba mi oficinesco informe al cabo de guardia, éste cambió de color sensiblemente. Era un hombre de tez blanquecina, ingeniero de obras públicas, por cierto, que había sido transferido a nuestra compañía desde la tropa asignada a tareas logísticas en Manchuria. Sin duda, mis palabras le despertaron el desasosiego que sentía cuando se permitía pensar en su propio futuro.

—Realmente no sé a quién le irá mejor —refunfuñó—, a usted o nosotros. No faltará mucho para que nos ordenen concentrarnos para emprender una ofensiva desesperada. Al menos usted se librará.

—No creo que te admitan en el hospital —comentó uno de los soldados.

Sonreí.

—Si no me dejan, no me queda otra que aguantar hasta que me ingresen —dije repitiendo las palabras de mi jefe de patrulla, pero durante todo ese rato yo no pensaba en otra cosa que en terminar con esa escena tan rápido como fuera posible.

LA PARTIDA 13

Al despedirme, noté que uno de los soldados, con quien había intercambiado alguna mirada, hacía una fea mueca. Me pregunté si el gesto torcido que yo mismo sentía en mi cara le había resultado tan contagioso como un bostezo.

Así fue como dejé mi compañía.